



**Laurence OLIVIER, y Jean-Louis BARRAULT, Inglaterra-Francia, 1964**

Actor Británico, Laurence Olivier nació en 1907. El rey Jorge VI le otorgó el título de Sir en 1947 y la Reyna Isabel II le concedió el título nobiliario de Barón de Brighton en 1970. Catalogado por muchos como el mejor actor del siglo, desempeñó a lo largo de su vida más de 120 papeles de teatro y protagonizó 60 películas. Recibió 12 nominaciones al Óscar y lo ganó dos veces con Enrique y Hamlet. Fundador y director del Teatro Nacional Británico de 1963 a 1973.

Mimo, actor y director francés de teatro y cine, Jean-Louis Barrault, nació en Le-Visenet en 1910 y murió en París en 1994. En 1947 fundó la Compañía Renauld-Barrault. En 1959 asumió la dirección estatal del Théâtre de France.

Puesto que con mi amigo Jean-Louis Barrault he tenido el honor de ser invitado a tomar la palabra con ocasión del Día Mundial del Teatro, quisiera comenzar diciendo alguna cosa sobre nuestro Teatro Nacional, recientemente creado. El año pasado, después de más de un siglo de lucha, se nos ha dado finalmente, en Gran Bretaña, un Teatro Nacional cuya dirección se me ha confiado. Una de las primeras cosas sobre la cual mis colegas y yo estuvimos de acuerdo, fue que nosotros queríamos que ese teatro fuese solamente nacional sino internacional; tenemos la intención de formar nuestro repertorio de manera que se mantenga un equilibrio entre las piezas de origen británico y las extranjeras.

Querido Laurence Olivier: todos aquéllos que, a través del mundo, se interesan por la cultura teatral, se regocijan de este evento y le envían sus sinceros votos.

En el momento en donde las diferentes partes de la humanidad convergen hacia la unidad humana, es entusiasmante el constatar que las diferentes conciencias teatrales convergen, también ellas, hacia una conciencia común de la función del Teatro.

Para mí, de todas las artes del espectáculo, el teatro posee la mayor dificultad para volverse internacional. El ballet y la música pueden pasar las fronteras casi sin que se le pida cuenta, pero el teatro –cualquiera que sea su atracción visual- está hecho de palabras, de las cuales muchas son soberbias, independientes e intraducibles. Es por esto que debemos saludar la realización y maravillarnos del esfuerzo del Instituto Internacional de Teatro, en el cual el elevado sueño es resumido por una expresión que, ella misma, es una paradoja: “El Teatro es el Mundo”.

Querido Olivier, esa paradoja no me parece, lo confieso, tan irreducible. Es suficiente, para probarlo, observar, en el curso de los viajes hechos de los países llamados “extranjeros”, en que forma el teatro aparece como una propiedad internacional. Ya se trate de los clásicos como Sófocles, Zeami, Shakespeare, Molière, o de la Comedia del Arte, autores, comediantes y animadores no son más que los gerentes de un dominio único que pertenece al mundo entero. Eso viene de que, en el teatro, no parece haber solución de continuidad entre el gesto y la palabra, entre la vista y el oído. Nuestro arte

es de antemano un fenómeno magnético. No sólo el ojo y la oreja están atentos, sino que todos los otros sentidos lo están igualmente. En el teatro, si el ojo mira, es el pecho el que ve y recibe; no enseguida el cerebro el que comprende. Este arte es poético porque siempre es carnal. Cuando las diferentes formas de teatro pasan las fronteras, sólo la idea que encierra la palabra sufre un eclipse momentáneo, pero la palabra mágica. Más allá de las palabras, la potencia sensual de Brecht, de Claudel, del teatro Lejano Oriente o de Shakespeare, se reencuentran, golpean y penetran el pecho de todos los hombres.

Nosotros nos sentimos muy felices de que Shakespeare se haya transformado en propiedad del mundo en general, que sea regularmente reclamado como el antepasado legítimo de cualquier nuevo movimiento en el teatro (constato que El Rey Lear ha sido considerado últimamente como el predecesor de Samuel Beckett). Nos sentimos también felices de que haya sido saludado por los hombres de todas las naciones y de todas las creencias como uno de los suyos y que ninguna de ellas, examinando el conjunto de sus obras, lo haya calificado jamás de reaccionario inflexible. El hombre que ha escrito Enrique V ha escrito también Troilo y Crésida, el hombre ha escrito Romeo y Julieta ha escrito igualmente Medida por Medida. En 400 años, nuestro Shakespeare ha sido de todos, por adopción.

Desde el punto de vista del teatro –y más que nunca con motivo de su aniversario-, es nuestro mayor artículo de exportación. Ningún otro jamás nos ha costado menos pena, ni producido más orgullo.

Si, como bien lo observa Sir Laurence Olivier, es imposible situar políticamente la posición de Shakespeare; es que éste, como verdadero hombre de teatro, ha sabido, incluso en asuntos políticos, quedar como testigo de su tiempo. El objetivo final del teatro es la Justicia. Sobre la escena, asesinos, víctimas, el ataque y la defensa, combaten en la desmesura de sus pasiones. Cada espectador es un jurado, y es la vida, fuerte y equilibrada, la que preside a ese vasto arreglo de cuentas y hace surgir la inteligencia, la comprensión y la salud. El poder esencial de teatro es poner de lado todo lo que separa a los hombres: diferencias de raza, de educación, religiosas o políticas de lenguaje, etc.; en cambio, da valor a todo lo que los hombres tienen en común: la risa y las lágrimas, la alegría y la tristeza, la felicidad y la angustia, en una palabra, lo que es dominio del corazón. El teatro hace aparecer el corazón común de todos los hombres; por esto es el más efectivo vehículo de paz.

Traducción de Gilberto Pinto